World Vision

LOS OJOS DEL CYBORG

Ma. Alejandra Almeida

Idea original y proceso editorial:
World Vision Ecuador

Coordinación Editorial
Área de Comunicaciones de World Vision Ecuador

Autora:
María Alejandra Almeida

Ilustración de portada e internas:
Augusto Cabrera

Diseño y diagramación:
Esmeralda Bolaños

Este material no puede ser reproducido de ninguna forma sin la autorización de World Vision Ecuador.

© WORLD VISION ECUADOR 2021

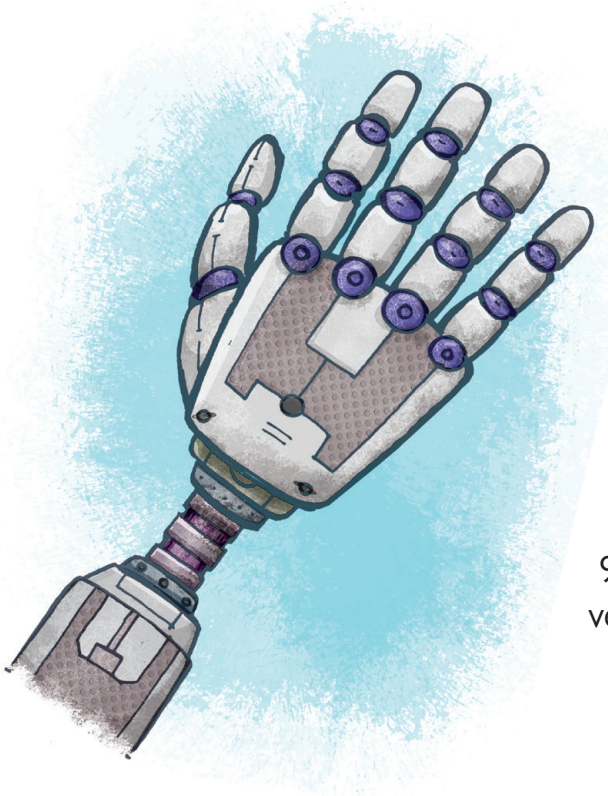
Oficina Nacional Quito, Pichincha

Gaspar de Villarroel E3-62 entre Jorge Drom y Londres

02 2253 475 ecuador@wvi.org www.worldvision.org.ec

Se llamaba Len y era un niño cyborg. Tenía una prótesis de metal en el brazo derecho que terminaba en cinco falanges mecánicas, simulando una mano humana.

El pie izquierdo era del mismo material, pero se escondía dentro de un zapato enorme, diseñado a la medida, que impedía que lo confirmáramos.



Sus ojos hacían un extraño sonido al moverse, parecido a un láser. Y, con seguridad, podía escucharnos a un kilómetro de distancia, debido a su oído biónico.

Lo vi por primera vez en el parque del Sector 9-H, corriendo a una velocidad sobrenatural.

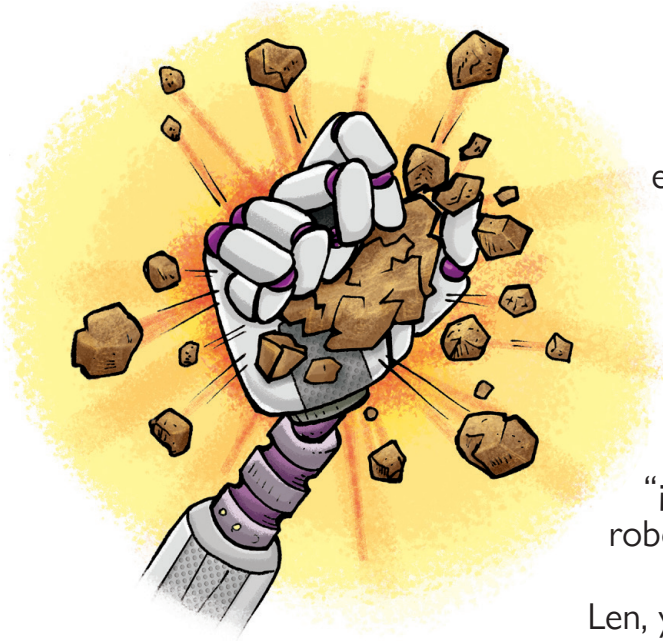
Se había mudado con sus padres humanos a una cuadra de donde yo vivía y, según me enteré, el médico le había recetado correr tres kilómetros diarios para un "adecuado ensamblaje de nervios y cables".

Los demás niños le teníamos miedo. Era el primer cyborg que vivía en nuestro sector y, a todas luces, Len era más fuerte que cualquiera de nosotros y podía lanzarnos por los aires, de haberlo querido.

Nuestros padres también se sentían nerviosos por su presencia. Nos pedían que tuviésemos cuidado y que no nos acercáramos a él pese a que, para ese entonces, ya existía un Código de Protección de los Cyborgs, que les reconocía el derecho a la igualdad y no discriminación.

Al inicio, ignorábamos a Len en las calles y también en los pasillos de la escuela a la que asistíamos todos los niños del Sector 9-H. Pero, poco a poco, la exclusión se convirtió en acoso.

Muchos niños empezaron a lanzarle cosas y decían que, como era un cyborg, no sentía dolor.



La cosa empeoró una mañana cuando unos niños le arrojaron piedras mientras le gritaban "¡fuera de aquí, robotonto!"

Len, ya cansado de la situación que se había prolongado por algunas semanas, movió su brazo mecánico y atrapó todas las piedras en el aire, en perfecta coordinación.

Luego las aplastó y dejó que el polvo se deslizara entre sus falanges mecánicas.

Los abusadores salieron de ahí aterrorizados.

Al día siguiente, se realizó una asamblea de emergencia en el Salón Comunal del Sector 9-H para decidir si se debía permitir la presencia de Len en nuestra comunidad por más tiempo.

Yo fui con mis padres quienes estaban convencidos de que lo más sensato era solicitar a la Secretaría de Protección Cyborg que reasignara a Len y a su familia a otro sector.

La asamblea ya llevaba varias horas así que decidí salir a la calle y esperar a mis papás en el pórtico del Salón Comunal.

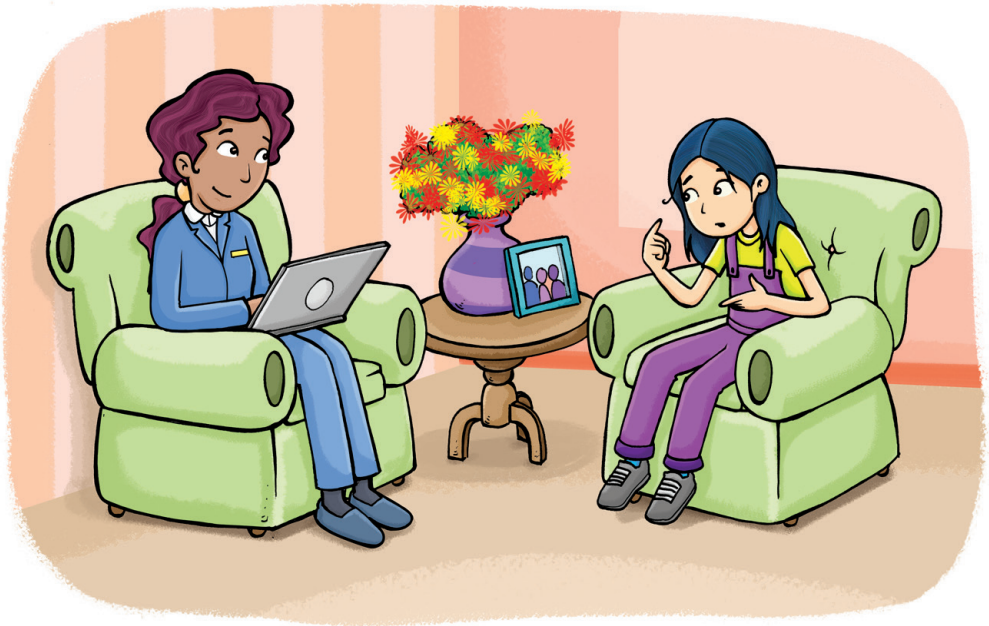
Allí descubrí que, fuera de la casa de Len, había varias personas sosteniendo carteles; los que podía leer desde donde yo estaba decían cosas como "¡largo!", "¡no los queremos aquí!", "pidan una reasignación o aténgase a las consecuencias".

Me acerqué al grupo y, a pocos metros, distinguí la figura de Len en la ventana. Nos miraba con el rostro desencajado, mientras varias líneas de agua corrían desde sus ojos mecánicos. Ojos mecánicos que lloraban.

Sentí una presión tan fuerte en el pecho que me fue imposible seguir allí. Corrí a mi casa y esperé a mis padres en silencio.

Cuando llegaron, intenté explicarles lo que había visto, pero ellos me dijeron tajantemente que los cyborgs no lloraban. También me indicaron que un grupo de inspectores de la Secretaría de Protección Cyborg vendría en unos días a hablar con los niños del Sector 9-H sobre Len. Al parecer, era importante escuchar nuestra opinión sobre él para proceder a una reasignación.

Los inspectores asistieron a la escuela una semana después y se reunieron con cada uno de los estudiantes, de manera individual. Cuando fue mi turno, me recibió una mujer vestida con un uniforme azul, que me interrogó de manera rápida:



–¿Has visto a Len comportarse de forma agresiva? –preguntó.

–No.

–¿Ha lastimado a alguien alguna vez?

–No, que yo sepa.

–¿Por qué crees que los ciudadanos del Sector 9-H no lo aceptan como uno más de ellos?

–Porque es un cyborg.

La mujer asintió, sin dejar de escribir en su Notebook portátil, último modelo.

–¿Algún detalle adicional que quieras que tengamos en cuenta?

Yo dudé por un segundo antes de responder. Pensé en mis padres, en Len, en los niños que le arrojaron piedras y en las lágrimas que bajaron por sus mejillas, como dos ríos.

–Los ojos de Len –respondí–. Lloran.

La mujer detuvo sus manos y me miró con interés. Luego volvió a escribir en su Notebook, con mucha lentitud.

–¿Lo has visto llorar?

–Eso creo. Pero los cyborgs no lloran, ¿verdad?

–Por supuesto que lloran –dijo sonriendo. Luego agradeció mi tiempo y dio por terminada la entrevista.

Casi un mes después, nos enteramos de la decisión de la Secretaría de Protección Cyborg: Len y su familia no iban a ser reasignados, sino que permanecerían en el Sector 9-H. Además, se ordenó que todos los niños y padres recibiéramos charlas sobre los derechos cyborg y la importancia de vivir en un ambiente libre de violencia.

Cuando el representante de la Secretaría leyó la decisión en el Salón Comunal donde todos estábamos

presentes, fundamentó el dictamen en las entrevistas realizadas en la escuela y en la evidencia de que Len era acosado por sus compañeros, y no al revés.

Al terminar la sesión, volvimos a casa en silencio. Sentí la tensión en el cuerpo de mis padres mientras caminaban, pero yo estaba extrañamente aliviada. Al cruzar cerca del parque descubrimos a Len, corriendo sus tres kilómetros diarios. Mis papás apuraron el paso, indignados, pero yo me detuve a mirarlo mientras se ejercitaba.

Cuando estuvimos bastante cerca, inesperadamente la velocidad de las piernas de Len se redujo y me devolvió la mirada. Hice un gesto tímido de saludo y él respondió moviendo su mano mecánica. Entonces yo supe que había hecho lo correcto al hablar de sus ojos, que ya no lloraban.

LOS OJOS DEL CYBORG

Ma. Alejandra Almeida

World Vision

© WORLD VISION ECUADOR

Oficina Nacional Quito, Pichincha
Gaspar de Villarroel E3-62 entre Jorge Drom y Londres

02 2253 475
ecuador@wvi.org
www.worldvision.org.ec
/worldvisionEC